

Testigo del martirio de la Beata María Cecilia

La Cruz y la bala

Son muchos los crucifijos y cruces rotos y destrozados diseminados por el mundo: el *Cristo roto* de Aguascalientes, en México; el de la sierra de Aracena (Huelva), mutilado durante la Guerra Civil, sobre el que escribió el padre Cué *Mi Cristo roto*; también la cruz pectoral que llevaba el cardenal Van Thuan, hecha con madera y alambrada recogidas en sus largos años de cautiverio en Vietnam; y también los crucifijos rotos que quedaron en las iglesias tras el terremoto de Haití, o de cualquier otro desastre natural; e incluso los que fueron mutilados en el martirio de las cosas que se dio en España durante los años 30 del pasado siglo XX. Junto a todos ellos, signo del amor de Cristo, está la cruz de profesa de la Hermana María Cecilia, una de las siete Hermanas salesas del Primer monasterio de la Visitación, de Madrid, que fueron martirizadas en noviembre de 1936, y a quienes Juan Pablo II beatificó en 1998.

Es una cruz atravesada por una bala. El proyectil que acabó con la vida de la Hermana María Cecilia destrozó primero el metal de la cruz, antes de hacerlo con su corazón. La historia la cuenta José Luis Gutiérrez en su libro *Unidas hasta la muerte* (ed. Edibesa). El 18 de noviembre de 1936, una banda de milicianos fue a buscar a las salesas y, en la confluencia de las calles Velázquez y López de Hoyos, las bajaron del camión y empezaron a dispararles. Seis de ellas murieron allí mismo; en medio de la confusión, María Cecilia echó a correr. «Estábamos siete religiosas en un piso en Madrid –le confía a una compañera de prisión, varias horas más tarde, cuando la apresan de nuevo–; somos salesas. Vinieron a por nosotras y nos llevaron a un sitio oscuro, donde había barrotes, era como un solar, pero no sé dónde es, porque no conozco Madrid».

A esta compañera de prisión, con la que compartió varias horas de cautiverio, le relata que a sus Hermanas «las iban matando según bajaban. Mataron a todas menos a mí. Yo me bajé del coche de la mano de otra Hermana, éramos las dos últimas, y al notar que se caía muerta no sé lo que me pasó, eché a correr y no sabía lo que hacía. Corrí sin parar, mucho tiempo». Horas más tarde, «me cogieron dos milicianos y les dije: *Soy monjita*. No eran malos. Eran buenos. Me dieron una taza de tila». Uno de ellos le propone llevarla a su casa con su mujer, para así salvarla de una muerte segura, pero ella tiene todavía presente la entrega de sus Hermanas de comunidad, y rechaza la oferta. Durante las horas siguientes, a todo el que se cruza le dice: *Soy monjita*, sin negar su condición de religiosa, sabiendo las consecuencias que ello ha traído para sus Hermanas.

La trasladan entonces a la checa de la calle Hermosilla. Allí, otra compañera de celda, que después de la guerra contaría lo ocurrido en esas horas, relata que «me enseñó el crucifijo que llevaba puesto; estaba siempre agarrada a él, con la mano metida dentro del jersey, con el crucifijo agarrado. Estaba siempre rezando. Me dijo que ella no ocultaría que era religiosa, que quería morir con sus Hermanas. Rezábamos mucho».

Lo que pasó en las horas siguientes no se supo hasta que pasó la guerra. De la checa de Hermosilla se la llevaron al cementerio de Vallecas. Allí, el 23 de noviembre, junto a la tapia, fue fusilada junto con otras doce personas y enterrada en una misma fosa común. En 1941 se desenterró su cuerpo y se encontró su cruz de profesa atravesada por una bala. De la bala no queda nada, sólo queda la cruz: testigo de su martirio, la imagen de *Cristo roto* en aquellos que entregan su vida por Él, *para recuperarla de nuevo*.

Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo